Claroscuro (2026) 25 (2): 1-5
Facultad de Humanidades y Artes
Universidad Nacional de Rosario
Argentina

e-ISSN: 2314-0542
https://doi.org/10.35305/cl.vi25.206
https://claroscuro.unr.edu.ar

Mairs, Rachel (2026) *Language and Script in Achaemenid and Hellenistic Central Asia.* Elements in Writing in the Ancient World. Cambridge: Cambridge University Press, 74 páginas. ISBN 978-1-009-78214-2 Hardback, ISBN 978-1-009-78210-4 Paperback, ISSN 2753-6378 (online), ISSN 2753-636X (print)

Laura Gabriela Lew*

Detrás de las tablillas administrativas y las inscripciones monumentales de los reyes antiguos, existió un mosaico de interacciones humanas que la historia escrita, por momentos, tiende a silenciar. Como sostiene la autora, en la realidad cotidiana de las oficinas administrativas de las capitales antiguas como Bactra o Kandahar, bajo el Imperio Aqueménida o los reinos helenísticos, la realidad cotidiana no era monolingüe: Las personas transitaban entre varios idiomas y culturas de forma natural y flexible al igual que las sociedades multilingüísticas de hoy en día. La constante movilidad y las interconexiones entre imperios fueron cruciales para la creación de este escenario de conectividad transregional. Ahora bien, ¿cómo coexistían las lenguas de la administración de élite con los dialectos locales de la mayoría de la población?, ¿cómo operaba en la práctica este complejo escenario de diglosia en el que escribir implicaba cruzar constantemente fronteras culturales? Para responder estos interrogantes, *Language and Script in Achaemenid and Hellenistic Central Asia* (2026) nos introduce a la evolución lingüística de cuatro antiguas satrapías en el Asia Central –Bactria, Arachosia, Sogdiana y Gandhāra– durante la sucesión de cuatro imperios: el Aqueménida, los Reinos Helenísticos, el Imperio Maurya y finalmente el surgimiento del Imperio Kushan.

* Universidad de Buenos Aires, Argentina.
E-mail: lalitalew@gmail.com

Esta obra está bajo licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional
http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/

Rachel Mairs es catedrática de Estudios Clásicos y de Oriente Medio en la Universidad de Reading en el Reino Unido. Su investigación se centra en el multilingüismo antiguo, con especial atención a la interacción entre griegos y "no griegos" en el Egipto helenístico y en Asia Central. Ha publicado este libro en la serie *Writing in the Ancient World*, la cual forma parte de la colección llamada *Cambridge Elements*. El volumen se organiza en cinco capítulos e incluye dos mapas regionales, ocho figuras con calcos y fotografías de inscripciones y monedas, y una tabla numismática explicativa.

La autora se propone como objetivo, por primera vez en un sólo volumen, investigar las marcas lingüísticas y textuales que dejaron las diferentes invasiones situadas entre los siglos V a.C. - II d.C. Se basa específicamente en el material escrito hallado en sitios arqueológicos provenientes de Afganistán, Uzbekistán, Tayikistán y Pakistán, escritos en arameo, griego y prácrito.

En la actualidad, los grupos lingüísticos predominantes en la región son las lenguas túrquicas (como el uzbeko, kazajo, turcomano y kirguís) y las lenguas iraníes (como el tayiko, las lenguas del Pamir, el darí y el pastún). Además, en las franjas surorientales de este territorio también coexisten lenguas dárdicas y lenguas nuristaníes. Es interesante la introducción que hace Mairs sobre este dinámico mapa actual para luego advertir que el registro arqueológico antiguo está sesgado por las fuentes escritas, ya que estas tienden a preservar únicamente las lenguas imperiales de las élites, silenciando a las lenguas dominantes que la población local realmente hablaba en su día a día. La autora plantea que hay que tener cierto grado de diglosia y una coexistencia estable entre los idiomas hablados localmente (entre los cuales los idiomas iranios eran probablemente los dominantes) y los registros escritos en arameo y en elamita (período Aqueménida), en griego (periodo helenístico) y en prácrito (período maurya). Sin embargo, y aquí yace uno de sus aportes novedosos, las lenguas habladas no quedaron completamente silenciadas, ya que dejaron marcas, interferencias y huellas indirectas dentro de estos textos oficiales. Es decir, el uso diario de las lenguas locales se filtraba constantemente en los documentos burocráticos y la correspondencia. Por un lado, en la correspondencia aqueménida en arameo, las cartas oficiales del sátrapa Aršāma en Egipto ya contenían préstamos del persa antiguo (como el uso de la palabra '*dwn*' para referirse a una "ruta", derivada de una raíz iraní). Por otro lado, en los documentos arameos de Bactria, la influencia fue muy profunda. En listas de suministros más de un tercio del vocabulario registrado es de origen iraní (términos para vestimentas, regalos o colores como *smgwn* para "negro"). Además de los préstamos individuales, el influjo de las lenguas iraníes locales alteró la

propia sintaxis del arameo imperial en el que registraban sus documentos los escribas. También puede observarse esta filtración lingüística en los registros griegos. En la tesorería de la ciudad helenística de Ai Khanoum, los escribas incorporaron términos locales en sus inventarios en griego, como la palabra india *kasapana* (para referirse a las monedas de cuño indio) o el adjetivo *taxaēna* para indicar su origen en la ciudad de Taxila.

Siguiendo con este enfoque, la onomástica y la toponimia funcionaron como registro arqueológico de las lenguas habladas de quienes interactuaban con la escritura. Por ejemplo, en los documentos arameos de Bactria, abundan los nombres de funcionarios locales que incorporan el nombre del dios del río Oxus (como *Vakhshubandaka*, "servidor del Oxus"). Estas personas eran hablantes nativos o de herencia de lenguas iraníes locales diferentes al persa antiguo, pero operaban profesionalmente en arameo. Además de las dedicatorias del Templo del Oxus hallados en el santuario de Takht-i Sangin. Individuos con nombres puramente iraníes como *Atrosōkēs* o *Irōmois* (hijo de Nemiskos) realizaron ofrendas y grabaron sus nombres en griego, evidenciando cómo el habla local interactuaba con el alfabeto importado.

También existieron adaptaciones ortográficas y fonéticas que muestra que cuando los escribas intentaban volcar sonidos de las lenguas habladas utilizando alfabetos extranjeros que no poseían letras para esos fonemas, se veían obligados, como dice la autora, a experimentar de manera creativa. Las comunidades tomaron sistemas de escritura existentes y los usaron para representar idiomas completamente distintos a los originales (el arameo para escribir el prácrito y una lengua irania, y el griego para escribir bactriano). En este sentido, un ejemplo es que el griego clásico no poseía ningún fonema ni letra para representar el sonido "*sh*". Al principio, los escribas lo adaptaron usando simplemente la letra *sigma*. Sin embargo, bajo el Imperio Kushan, al querer escribir la palabra *Kušan* ("Kushan") en las leyendas de las monedas de Kujula Kadphises, los grabadores comenzaron a modificar la letra *rho*. Para finales del siglo I d.C., este proceso evolutivo dio origen formal a una nueva letra, la *sho* (Ϸ ϸ), creada específicamente para capturar la fonología de la lengua local bactriana dentro del alfabeto griego.

Los textos conservados del pasado no ofrecen una imagen completa de cómo se hablaba o se escribía en toda la región, sino que son, como dice la autora, tan sólo *snapshots*. Es entonces que, a través de estas imágenes instantáneas, que devino de la supervivencia de los registros arqueológicos, la autora busca conectar estos fragmentos sueltos para armar una visión de

conjunto, un panorama, utilizando ejemplos concretos de fuentes primarias para sostener sus argumentos lingüísticos.

El libro parte de una premisa clara: el hablar o escribir un idioma no define automáticamente de dónde o a qué etnia pertenece el que produce la acción, sobre todo cuando estamos hablando de un contexto de imposición de lenguas imperiales. Esto nos acerca más al eje central del libro que es la existencia de un multilingüismo histórico en toda la región. Uno de los ejemplos es el de Heliodoro, hijo de Dión, que fue enviado como embajador por el rey indo-griego Antialcidas de Taxila. Este hombre se definía e identificaba a sí mismo como griego. Lo más curioso es que erigió una columna de piedra (el pilar de Besnagar, dedicada a la deidad hindú Vāsudeva) con una inscripción redactada en lengua prácrita (una de las lenguas indias de la época) y en escritura brāhmī. En ella, Heliodoro se presenta bajo los términos culturales de la India, autodenominándose un devoto (*bhāgavata*) y ofreciendo preceptos para alcanzar el cielo. Heliodoro eligió operar por escrito en una lengua y escritura indias para integrarse en el contexto de la corte local aun así definiéndose como griego.

Esta premisa está relacionada con una fuerte afirmación que hace Mairs: a diferencia de la historia política tradicional que observa rupturas claras, el fin de un imperio y el inicio de otro, la autora ve continuidades entre estas transiciones, como por ejemplo dentro de las estructuras burocráticas y los escribas locales que sobrevivieron a los conquistadores. El arameo administrativo se siguió utilizando en Bactria luego de la conquista de Alejandro Magno. Esto se ve explícitamente en el documento C4, un registro de desembolso de cebada, fechado el *15 de Sivan, año 7 de Alejandro el Rey*, es decir, el 8 de junio de 324 a.C.

Así también, cuando los mauryas indios invadieron y tomaron Aracosia, el emperador utilizó el griego y el arameo, en vez de crear un nuevo lenguaje, porque eran lenguas que estaban consolidadas en la región.

El gran aporte de *Language and Script in Achaemenid and Hellenistic Central Asia* reside, en mi opinión, en la escucha y la aparición de posibles lenguas que fueron silenciadas por las imperiales. En un territorio dominado por el elamita, el arameo, el griego y el prácrito, las lenguas locales y maternas de la población (predominantemente de la familia irania) quedaron excluidas de los registros oficiales. Sin embargo, la autora demuestra que estas lenguas no fueron completamente calladas; sobrevivieron de forma subalterna en los préstamos léxicos de los escribas, en las adaptaciones creativas y en los nombres de personas locales que trabajaban para la administración conquistadora.

Frente a un registro arqueológico fragmentario y condicionado por el azar del clima, Mairs nos advierte que el historiador sólo posee instantáneas (*snapshots*) de la alfabetización antigua. No obstante, al reunir estas piezas dispersas la obra logra tejer un verdadero "panorama" del estado de las lenguas en el Asia Central. El análisis de Mairs nos convence de que existió una compleja fluidez de lenguas que produjo un multilingüismo cotidiano en las satrapías orientales.

Para concluir, Rachel Mairs nos invita a adentrarnos en el murmullo de estas cuatro antiguas satrapías y en las voces cruzadas de aquellos escribas que, con gran creatividad formaron parte de un mundo multilingüista que no difiere tanto del actual.